

PEDAGÓGICAS

La imprenta en la escuela



Se ha hablado ya mucho de la Escuela Activa, de la enseñanza libre, de las leyes de «necesidad», del «interés»; sobre todos estos importantes problemas pedagógico-biológicos que han de reivindicar a la infancia de su pasado de dolor e incompreensión han venido teorizando con acierto emancipador, en los últimos cincuenta años sobre todo, eminentes pedagogos y sabios psicólogos. Pero ¿y la enseñanza seguía el ritmo que querían imprimirle los grandes trabajadores del pensamiento? ¿Había llegado prácticamente la educación a desenvolverse con arreglo a los principios de libertad y autonomía, basándose todo el hacer escolar en el interés del educando? No. Se hacían ensayos ciertamente, progresábase cada día en constante superación gracias a la perseverante labor de algunos trabajadores optimistas. Pero esto, ¿dónde? En unos cuantos centros educativos modelos y a costa de un formidable esfuerzo y de un material escogido y abundante. Pero la escuela de los pueblos, la que patrocinan todos los Estados del mundo, la rural en particular, ¿con qué material contaba?

En este ambiente de pobreza escolar y ante un panorama triste en el que predominaba la enseñanza de dómine, un joven maestro, un educador de nervio, disconforme con las prácticas educativas de su tiempo, meditaba y pensaba, estudiaba métodos y planes, técnicas y proyectos, ensayaba incansablemente; y el descontento era su único resultado. Su espíritu inquieto no podía resignarse, consciente de las leyes psico-biológicas de la necesidad y el interés, a proporcionar a sus niños una enseñanza deformadora, impuesta, adulta. Él sabía bien que el niño en el campo se halla rodeado de bellezas llenas de interés, pero si estas bellezas eran impuestas por el profesor como lección de cosas perdían todo su encanto; era preciso que los educandos la sintieran, que la reconocieran por sí mismos. Así ratiocinaba y pensaba aquel maestro rural entre las cuatro paredes desnudas de su escuela.

Mas un día, ¡oh maravillosa mutación en el progreso educativo!, nuestro joven maestro tuvo una visión genial, una idea creadora. Indagó, buscó... por fin; ya está. Había encontrado una imprenta. Una imprenta sencilla, primitiva.

«Una técnica nueva. Un emocionado ensayo de trabajo escolar. Un procedimiento que dé nueva estructura a la labor y al espíritu de la clase. He aquí la pretensión, al parecer modesta, con que Celestín Freinet, maestro en un pueblecito francés de los Alpes Marítimos (Bar-sur-Loup), intenta llegar a las realidades escolares con un ademán fer-

voroso de comprensión y de justo alcance de su obra.» (1)

Aquella imprentilla como mágico talismán, supo dar vida a todo el panorama circundante, cambió toda la decoración a la vista de los niños. ¡Oh qué gusto daba imprimir sus propios trabajos...! Pero había que hacer redacciones bonitas, decir cosas de interés; y el niño buscaba, se afanaba, veía cuanto sucedía a su alrededor interesado por descubrir hasta sus menores detalles. Pensaba, enjuiciaba. Su vida era el principal libro de clase. ¿Era un sueño? No, no. Habíase libertado del libro de texto, de aquel maldito libro que violentaba todos sus deseos, que regía despóticamente la clase, que se imponía autocráticamente y había que seguir por la ruta señalada por él, aunque nuestra ilusión hubiera sido perseguir el vuelo de la mariposa que jugaba detrás de los cristales, leer un bonito cuento o dibujar la mosca que se posaba en el borde de nuestro tintero.

Hemos visto todo este proceso de emotividad indescriptible, al inaugurarse esta maravillosa técnica en una escuela española. Era tanta la felicidad que se pintaba en sus rostros, la alegría de sus argentadas voces, al enseñarse de unos a otros las oraciones impresas, que sólo por este momento de felicidad, aunque no tuviese otro valor, la técnica de la Imprenta en la Escuela nos parecería una creación hermosa, útil, edificante...

Mas es ya hora de hablar de la técnica Freinet, de este motor estimulante de la enseñanza; en todo su proceso de aplicación, aunque sea sólo de una forma sintética.

El mecanismo de la lectura es el primer conocimiento que debe aprender el niño, por ser punto de partida para todos sus trabajos ulteriores. Este aprendizaje es en la escuela corriente molesto y anti-pático, siempre impuesto. El niño quiere jugar, correr con sus amiguitos, y se le obliga a sentarse en un banco y prestar atención en aquel aparato de tormento: el libro de texto. Así quedan reprimidas sus necesidades fisiológicas del movimiento, defensas instintivas del crecimiento, y se violentan todos sus deseos, consiguiendo de esta manera agriar su carácter y trocar la espontánea gracia del niño en desconfianza hurafía y recelosa. Pues bien; este problema queda satisfactoriamente resuelto con la imprenta. El niño quiere jugar con ella, con todo lo que ve. Le decimos: Hay que escribir frases. ¿Qué quieres que pongamos?, ¡a ver! Se nos

(1) Del libro *La Imprenta en la Escuela*, de Herminio Almendros, editado por la *Revista de Pedagogía*, al que remitimos a nuestros lectores que quieran enterarse detalladamente de esta «técnica».

echan encima y nos inundan de palabras. ¡Qué juego tan entretenido! Dibujan la frase, la componen. Con letras de tipo maternal, que por su tamaño grande manejan los pequeñines con facilidad, y luego, a la prensa... a imprimir.

Sale la palabra limpia, hermosa, ¡qué alborozo! Aquellos capullitos tiernos, rosados, gritan, triscan, palmotean. Su frase, la que él ha dicho está allí: la conoce bien. ¡Con qué gusto lee y relea su frase, la de los otros... El nene de cuatro años encuentra un intenso placer en este juego y así aprende a leer jugando, riendo y sin parar de moverse. Mas el nene va creciendo: ya no compone frases, escribe bonitas redacciones sobre todo lo que a su alrededor sucede, lo que le pasa, lo que piensa. Todos en la clase hacen lo mismo. Luego toda la clase hace la corrección de los trabajos. — He aquí la ocasión insuperable para la lección de gramática; lección viva, palpitante. — Después reúnen los trabajos y componen una revista, bimensual, semanal, como les parece mejor. Ya tienen la revista publicada que es leída con avidez, sin que haya necesidad de que nadie les fuerce. Es que allí hay interés, vitalidad, trozos de su pensamiento y de su vida. Y hemos logrado dos cosas capitales: proporcionar al niño lecturas agradables que fomentarán cada día su afición por aprender, y llevar a la escuela la vida del pueblo con sus inquietudes y necesidades, factor importantísimo del que siempre estuvo exenta la escuela. Pero no termina aquí la documentación real y la lectura disponible. Les proponemos a los niños el intercambio con otras escuelas y ellos acceden contentos. ¡Sí, sí! Así serán leídos nuestros trabajos en otros pueblos y nosotros podremos a la vez leer lo que escriben los amiguitos de otros países. El interés no decae nunca: se escribe, se recibe, se manda...; apréndense geografía, historia, costumbres, a conocerse, a estimarse — máxime, cuando este intercambio puede hacerse internacionalmente —, y todo esto, con literatura propiamente infantil.

¡Con qué afán trabajan los chicos de las escuelas que han adoptado la Técnica! Hay que buscar temas para las redacciones, pero que sean de interés. Hay que contestar a camaradas de otras regiones que nos interrogan acerca de muchas de nuestras cosas que ellos desconocen. Nosotros también nos interesamos por las suyas. Nace el intercambio de productos — de minería, agrícola, fabriles, marinos, etcétera — y de postales, y de ideas. Así es como los niños piensan, reflexionan, enjuician y desarrollan su sentido crítico que ha de culminar al hacerse grandes en una personalidad recia y a la vez flexible.

He aquí una redacción de la niña Dolores Torres, alumna de la escuela graduada de Vilafranca del Panadés en la que se ha adoptado esta técnica:

«La vida de mis padres en el campo». Mis padres son campesinos. Cultivan la tierra.

Nosotros tenemos dos viñas, una por arriendo y

otra por partes. En la que tenemos arrendada, pagando lo que tratamos con el amo, nos quedamos con el fruto. Nos lo podemos llevar todo. En la otra hemos de avisar al amo para que vaya a partir los frutos cuando llega el tiempo. Nosotros la tenemos de cinco dos. De cinco dos, quiere decir, tres partes para nosotros y dos para él. Y como que eso es tan poca cosa mi madre le dijo al amo que se la pusiese al tercio. El tercio es una parte más. Quiere decir, de tres partes, dos para nosotros y una para él. El amo le contestó que no. Que no podía ser de ninguna manera.

Entonces se impuso el cincuenta por ciento. Quiere decir que de la parte del amo nos podíamos quedar con la mitad. Viendo que el amo no quería partir así, mi padre se puso en la junta de labradores y con dos testigos se quedaban con el cincuenta por ciento. Claro, el amo estaba muy enfadado porque todos los campesinos se quedaban con el cincuenta por ciento que era el precio que había puesto el Gobierno. Este año aún estaba más enfadado porque había oído decir que se lo quedarían todo, como de hecho se lo quedaron. Pero aún habían de estar más descontentos los pobres campesinos porque cuando hicimos el trato al quedarnos la viña, dijo que les daría la cuarta parte de los abonos y también la cuarta parte del sulfato y azufre. Pero como que él no lo cumplió, los labradores, de este modo se pasieron en razón.

Y ahora tienen mucha rabia los propietarios a los cultivadores de la tierra. Noviembre de 1934.»

Como puede verse, el trabajo no necesita comentarios. Elegancia, redacción exacta, sentido crítico, nada falta.

Tal vez haya quien diga: ¿Y las otras asignaturas? ¿Es que sólo hay que redactar, escribir, fomentar la lectura? No es nuestro propósito exponer un plan total de trabajo escolar ni podríamos hacerlo, según nuestra visión pedagógica, en uno ni en diez artículos, ni la técnica de Freinet tiene en sí la pretensión de establecer método rígido, programático, que regule exactamente la función de la escuela. El, como nosotros, es enemigo de programas y de imposiciones. Aboga por la escuela autónoma, libre, en ensayo constante. La técnica de la imprenta es el motor, el nervio estimulante que imprime a la clase la actividad debida. En manos de un maestro autoritario, torpe, de nada serviría, mas para los maestros libres, conocedores y defensores de la personalidad del niño, es el mejor auxiliar de nuestro tiempo.

Con esta técnica y la pedagogía libertadora de la época, quizá podamos conseguir que la agudeza del niño no se pierda y así daremos una contestación satisfactoria a la interrogación que Giner de los Ríos hacíase con extrañeza: «No me explico como siendo los niños tan inteligentes sean tan imbeciles los hombres».

FÉLIX CARRASQUER

Barcelona, 26 diciembre de 1935.